

CELCIT. Dramática Latinoamericana 200

FUGA

Itziar Pascual

Personajes: 9

Harapienta

Ariadna

Nodriza

Soldado

Anthropos

General

Vigía

Alma en Pena

Náufrago

Arrojo se aproxima observando el espacio con detenimiento.

CAUTELA: (Sin mirar a Arrojo). Ánimo. Cada paso es un temblor aliviado.

ARROJO: No tengo fuerzas.

CAUTELA: Ven. El tiempo del temor se desvaneció.

ARROJO: ¿Dónde estoy?

CAUTELA: Allí donde los límites se pierden; entre el sueño y la última vigilia.

ARROJO: ¿Y los míos? ¿Dónde están los míos? (Cautela deniega).

CAUTELA: La frontera es un camino turbio de olvido. Los perdiste antes de iniciar el viaje. Allí ya estabas sola. (Silencio).

ARROJO: Tienes razón. Ya no queda nada. ¿Y están aquí?

CAUTELA: No. (Pausa. Con tristeza) Eres demasiado joven para estar con

nosotras.

ARROJO: ¿Y si no están aquí, dónde están?

CAUTELA: Recalamos en este lugar cuando la rabia se impone sobre el destino. El tuyo sabe sabe a cal y adelfas rojas.

ARROJO: En Bellver la madrugada se levanta entre cadáveres. Yo soy uno de ellos.

CAUTELA: ¿Has dicho Bellver? ¿Eres hija de la Isla del Sueño?

ARROJO: Sí. ¿No lo sabías?

CAUTELA: Temí que ya no existiera. Esa isla es cara a mi memoria.

ARROJO: Apenas quedan unos cuantos supervivientes, escondidos entre los acantilados.

CAUTELA: ¿Y sus cultivos? ¿Y sus olivos recios?

ARROJO: Calcinados.

CAUTELA: ¿Y sus noches de fiesta? ¿Y sus mercaderes?

ARROJO: Se especula con el sexo y el vino.

CAUTELA: ¿Y sus niños?

ARROJO: A los huérfanos los abandonan en las calles vacías. Bellver es un buque fantasma.

CAUTELA: ¡Malditos sean! ¡Malditos! Para siempre.

ARROJO: ¿Y podemos hacer algo?

CAUTELA: El olvido es una tierra yerma. Entre los surcos desgastados queda la verdad escondida. Puede que si alumbramos la memoria de la Isla del sueño, alguien inicie los nuevos tiempos.

ARROJO: ¿Cuáles?

CAUTELA: Los del hombre libre.

ARROJO: En mi idioma no existe la palabra paz. La sustituyeron por alto el fuego.

CAUTELA: Puede que tu llegada no sea inútil.

ARROJO: Ayúdame a recordar. Yo sola no puedo. Ayúdame.

CAUTELA: Te ayudaré. Tejeremos juntas el sentido de las viejas palabras. Y te hablaré de los primeros días de dolor, cuando la esperanza era tan sólo esperar a mañana. Te hablaré de la Madre doliente, que veló la alborada esperando a su

hijo, y del Señor de Anthropos, que cayó a manos de un hilo plateado de amor materno. Te hablaré de la voz de la Harapienta, hermana de la Reina Naturaleza, y del temeroso súbdito y soldado, que le siguió en el combate acompañado por el hambre. Te hablaré del buen vigía, que desgastó su vista entre las olas ciegas. Te hablaré del Sol que acunó a la Isla del Sueño en sus días célebres. Y con ellos abrirás la primera página de tu desierta tierra.

ARROJO: Hagámoslo. Y que ellos pueblen nuestras fatigas.

En la Isla del Sueño. Bajo la tempestad.

HARAPIENTA: ¡Si con mis manos pudiera destejer las redes de tu silencio!

¡Si con mi furia arrebatase a mordiscos tu contemplación vacía!

Maldito el yugo bárbaro de las sirenas seductoras.

Maldito para siempre el sonido de sus cadencias.

Exilio, destierro y muerte: yo os invoco.

Plagad con vuestras uñas esta tierra que duerme plácidamente en la ignorancia.

Tempestad y huracanes. Fuerzas todas de la naturaleza.

Servidme de guía y de ejemplo.

Que el rayo temple mi nervio herido.

Que el rugir del viento sea un estímulo del avenir en mal trance.

Que la sangre, espuma de las olas,

vuelva a correr por las venas de estos mal nacidos.

¡Ayúdame lluvia!

Que tu castigo riegue las conciencias sin aliento.

Porque los dioses preparan su venganza sobre nosotros.

Y esta noche los cielos serán mudos testigos de la tragedia.

(En escena, Nodriz. Canta "La Nana del Fugitivo").

NODRIZA: Vendrán las noches turbias.

Y el sol de amapolas.

Vendrán las aguas quietas

Y el vuelo de la paloma.

Niño de caracolas,
El de ojos negros
Y risa ronca.
Niño de manos blancas
De espalda quieta
Y hojas rojas.
Ven a mi abrazo, ven
Que yo ahuyentaré las sombras (Bis.)
Niño de caracolas
Ven que te aleje
De la sangre rota.
Niño de besos nuevos
Ven que te arroje
En lagos de sueños.
Ola inquieta, risa clara.
Ven que en la noche calma
Tu llanto sabe a pena
Y a palabra quebrada,
Niño de risa libre.
Aliviaré tu cuerpo
Cuando el miedo te arranque,
Tus lágrimas del tiempo, tu llanto de tormento.
Niño de risa dulce,
Besa el silencio,
Antes de que llegue el día
Y escuche tu lamento.

NÁUFRAGO: He vuelto en busca de paz.
La mar me reclama; fruto soy de su lecho.
Pero me resisto a esa celda eterna sin gravedad.
Solo el final de la guerra me liberaría de ese encierro, Madre.

Ese es el pacto firmado con los dioses.
Ya la marea me busca en la orilla, Madre.
Huele mi piel quemada y fría,
para devorarla entre corales.
El dolor agrieta mis oídos,
me conduce a la rompiente en pleno desatino.
La mar me requiere, pero yo le niego ese triunfo, Madre.
No soy tributo para el silencio de las algas.
¡Es tan fría la noche!
Allá, entre susurros de un mundo que no existe,
burbujas. Solo burbujas.
Y el sabor que ya transmite la memoria, no los sentidos. Madre.

SOLDADO: Yo amén Señor y nada más que sí Señor.
Como si hambre y deseo y miedo cupieran.
Y sí Señor otra vez y otra vez.
Y otra vez más por si todavía lo he olvidado.
Como si fuéramos tontos.
Como si fuéramos tributo y suministro. Paja, alimento del fuego.
Y cuando el fuego se apaga más. Y más todavía.
Y lo que usted diga, Señor. Como si yo no pudiera decir más.
¡Si yo hablara! Y las cosas que podría contar.
(Silencio)
Hablaría. Ya lo creo que hablaría.
(Silencio).
Hablaría de la Maga. Pero no como ella...
Palabras pronunciaba que resultaban mágicas.
Y el duende las cubría de sabor a verdad caliente.
En nuestros estómagos y cabezas, rebotaban como un plato de legumbres.
Y el general-creo yo, digo yo- pidió la hoguera.
Con solemnidad se irguió el fuego.

Pero sin ella.

Supo escabullirse como un niño pilluelo. Y su risa recubría la oscuridad del Día -negro y brillante- como una piedra preciosa.

Como humo desapareció cuando estaba presa.

Y dejó entre susto y aspaviento a medio escuadrón.

A mí no. Claro.

lo cuento por lo que lo cuento.

Claro que si me oyera el general.

Parecía preocupado.

¡Como si una mujer pudiera vencer a un ejército!

¡Aunque fuera Maga!

Sí Señor. No debo decir mis pensamientos en voz alta. No Señor. Sólo hablaba conmigo mismo. No Señor. No debo hablar. No Señor. Lo sé Señor. Sólo pensaba. No Señor. No debo pensar Señor. No Señor. Sí Señor. Sí Señor...

GENERAL: Razón lleva la soldadesca.

Palabras como las suyas pueden levantar a la plebe y desmoralizar a la tropa.

La guerra es larga y los suministros escasean.

El primer conato de paz difícilmente sería parable.

¿Quién recuerda el primer día del primer mes de guerra?

De nada sirvieron los llantos de mujeres y cortesanos.

Las palabras encendidas de Anthropos apedrearon a la multitud.

Y la turba abrazó el sonido vibrante de la gloria.

Ni la mirada de su hermosa hija, Ariadna, pudo revocar su decisión. Las

blancas rocas del Bellver ondearon estandartes de triunfo a su marcha.

De eso hacen ya...

Tiempo sobre tiempo. Y los cadáveres sobre el casco de nuestros navíos.

Ellos no lo entienden. La llamada de la guerra incita.

Su paz es nuestro desasosiego; su tranquilidad, nuestra ruina.

Eso que llaman tiempos de paz es nuestro delirio.

Sin nada que hacer más que burdas tácticas.

Matando el tiempo con juegos de guerra.

Falsos mapas, falsas estrategias.

Todo falso.

Sólo la guerra es cierta.

VIGÍA: La mar sabe a espera y silencio.

A noches de tempestad y calma.

Y a vino. ¡Buen vino!

La noche sabe a susurros. A escuchas entrecortadas.

¿Has oído? ¿Has visto? ¿Allí? No.

Allí no ocurre nada. Porque no se ve nada.

Y la humedad calando los entresijos, los huesos y achaques.

Ser un viejo vigía es morir pronto.

Cuando la brisa agrieta las manos y las uñas ennegrecidas de la brea.

Y los ojos, rojos como salmones,

no ven más que manchas de luz.

¡Allá a lo lejos! Morado y rosa y cielo y verde y gris.

Al fondo la luz que desaparece.

Bajo las olas encuentran la paz los vigías sin nada que vigilar.

Sin nada por ver ya.

Claro que el Señor de Anthropos agradeció mi acogida.

Achacaba el cansancio y el hastío.

Sobre las olas, nuevamente el Señor de Anthropos, dueño de Bellver,

con la apariencia de un mendigo,

ilustre y sosegado,

apegado a la proa como un perro pescador,

vigía de sí mismo y de su regreso.

Volvía sin tributos para su tierra.

Las voces del triunfo le aclamaron a su marcha,

el vacío y el hambre, le recibieron.

En la soledad de la Isla del Sueño ya nadie esperaba nada.

Salvo su hija Ariadna.

En las bodegas de Bellver se buscaron los últimos toneles, para celebrar el regreso de su señor.

El cántico de poder ansiaba
y se quebró en sus manos como pergamino viejo.

Pero no juzgo. Yo sólo observo la nada.

Cómo se desliza al anochecer entre las rocas.

Y se levanta entre las nieblas de la mañana.

En escena, Arrojo y Cautela. Arrojo se resguarda de la levedad de la escarcha.

ARROJO: Ya no huele a roble húmedo.

CAUTELA: Navegar por los recuerdos es fácil cuando te salpica la memoria.

ARROJO: ¿Dónde estamos?

CAUTELA: ¿No reconoces estos muros de piedra gruesa? ¿Y esta luz que acaricia la estancia?

ARROJO: ¡No puede ser! (Cautela asiente) ¡El Castillo de Bellver! ¡El gran palacio de la Isla del Sueño! (Pausa) Yo lo conocí en ruinas.

CAUTELA: Entonces vivía el fulgor de la juventud. Miraba a la mar casi con descaro.

ARROJO: ¿Y estos brocados?

CAUTELA: Pertenecen a Ariadna, hija de Anthropos. Tuvo la tristeza de las tardes de otoño y una voz hermosa y doliente.

ARROJO: Esta habitación sabe a pena.

CAUTELA: Las orillas de Bellver se bañaron de noches en vela y cánticos. Hasta entonces...

ARROJO: ¿Y qué ocurrió?

CAUTELA: ¿A quién crees que esperaba? ¿Por quién son sus oraciones y súplicas? ¿No lo imaginas?

ARROJO: Por el Señor ausente.

CAUTELA: Sí. Por el Señor que rehuyó mi voz en palacio.

ARROJO: ¡Lo sabía! ¡Tú perteneciste a ese tiempo!

CAUTELA: Eso llegará más tarde. Ahora escucha el latido de la luna.

En escena, Ariadna. Canta la "Balada de soledad de Ariadna".

ARIADNA: Crecí,

Entre rocas con sabor a sal.

Entre luces de novedad.

En la fiesta sin fin del ser.

Tal vez,

Nunca crecí de verdad,

Mis manos aprendieron a pedir,

No a ganar.

Y hoy, busco un lugar,

Donde la luz sólo se quiebre,

Para dar paso a la oscuridad.

Sentí, que al nacer,

Una estrella se fijaba en mí.

Qué hermosa oportunidad,

Volver a rehacer

Lo que nunca hice de verdad.

Tal vez, haya aprendido tu nombre:

Soledad, Soledad.

Puede que al final,

Surja entre nosotras una hermosa amistad.

A veces con temor sentí la llamada,

Abatida en la sala del temblor.

Crecí

Y sola yo, busco una copa donde guardar

Mis lágrimas de luna y sol.

Hazlo así, como yo.

Bebe su sabor.
Te reconfortará
Si no hay frío,
Si no hay calor.

ARIADNA: No fue un nombre adecuado el mío. Debieron llamarme Penélope.
Espera, silencio y calma, mis apellidos.
Las horas se me escurren entre brocados y agujas.
Y para qué. De qué sirven tantas horas estúpidas,
sentada en esta habitación de costura y tormento.
Esperando a mi padre, Señor de Bellver. Y de mi vida.
Esperando el día en que me mire y descubra mi rostro envejecido y frío.
Hilando aguardo y el tiempo se consume con la rapidez de un chasquido.
Un padre que no es mi padre. Alejado en la distancia.
¿Le reconocería tal vez si ahora se presentara ante mí?
Por sus vestimentas y sus armas de plata, sin duda.
Y sus andares recios.
Pero no serían más que pasos sobre objetos.
Bien pudieran llevarlos otros, que fácilmente se harían pasar por mi padre.
Pertenezco a un mundo al que soy inútil:
ese es mi mayor estigma
Manos blancas sobre la mesa. ¡Hermosa estampa!
Con la obvedad de un mal lienzo de pastoras.
Mirad este cuerpo en el desaliento y la tristeza.
Jugar puede ser divertido; vivir jugando es vacío.
¿Jugando?
Mientras mis súbditos se restriegan las manos contra el estómago
para sofocar el hambre
y cambian sus vestidos de antaño por harapos.
La tregua mitigaría sus caras asustadas.

Pero para ello debe volver el Señor de Bellver.
Yo entonces podré huir de la Isla del Sueño.
Crearé mi propio mundo sin agujas ni hilos.
Vestiré a mi pueblo con escamas, para que no sepan lo que es la espera.
Un reino de sirenas para Ariadna,
señora que debió llamarse Penélope

NÁUFRAGO: Mis manos reseca de la sangre vertida.
Con el olor a pintura y algas.
Con una cruz blanca señalo esta puerta.
Con esta mano enciendo la luz sobre su estancia.
No vela, sino antorcha.
No fragor, sino hundimiento.
Y la techumbre se desmorona sobre sus habitantes,
mujeres y niños principalmente.
Así hoy y mañana. ¿Mañana también?
Cuando no haya casas sino escombros
y la luz se esconda entre el humo negro,
¿Entonces? ¿Qué nos quedará entonces?
¿No veis Señor que lo digo por Vos?
No me injuriéis Señor y escuchadme.
Que no merece el nombre de traidor quien su vida ya ha entregado a una tierra.
Deberíais seguirme; antes de que lo haga vuestro pueblo, Señor.
A la injuria no me debo, Señor, ni al enemigo.
Enemigo fui de la Isla del Aire entera
y no dudé en cubrirla de hierro y gritos cuando Vos los solicitasteis.
Llamabais con calor a la guerra amiga,
y os ha devorado las entrañas.
Sí. Es cierto.
Es por mi paz por la que imploro, Señor;
pero también por la de mi patria.

Las algas reclaman mi cuerpo
 y sólo la quietud puede negárselo.
 Dadme un consuelo, Señor.
 Por el guerrero que fui a vuestro servicio,
 entregado a la muerte con la ingenuidad de un sordo.

ARROJO Y CAUTELA (ALMAS EN PENA) : QUIEN VIVE. QUIEN SOIS.
 SI UNA PATRIA CONVERTISTEIS EN SOMBRA. QUE FUERZA OS
 ARRASTRA A LA NADA. EN EL AIRE VIBRAN LAS ANTORCHAS
 ILUMINADAS DE SANGRE Y ALARIDOS. QUE HORROR NO VIERAIS
 QUE ENMUDECIO A LA MISMA PESTE. ¿NO TENEIS BASTANTE?
 OS SERVIREMOS CARNE FRESCA HASTA QUE REVENTEIS. SEÑOR.
 COMO GUSTEIS. SEÑOR.

NODRIZA: Ha llegado el momento de la pregunta.
 ¿En qué creéis todavía?
 ¿Acaso es posible creer en algo?
 Me gustaría recubrir el cielo con mi grito. Agrietarlo incluso.
 Que lo supiera el mundo. El universo entero.
 ¿Y qué puedo hacer? ¿Qué puedo, más que gritar de rabia por lo que me han
 quitado!
 Arrastrándome a mi también la corriente... de la venganza.
 Mi mano busca el puñal como la oscuridad al tiento.
 Y ni siquiera a la justicia tengo derecho, porque mi hijo, ¿Mi hijo?
 ¿Me sorprendo hablando con una sombra?
 A una sombra llamo yo con nombre querido y grato.
 El que fue mi desvelo y mi amor me pide paz desde la inexistencia.
 Paz para los torturadores y asesinos,
 por una isla en la que, un día,
 pueda compartir arena y agua y mar
 con quienes arrancaron de mí a lo que más quería.
 Señor de las Aguas,

maldícelos con la furia de la destrucción,
porque a mí me han destruido con sus armas.
Paz me piden los restos de mi amor, solo a él consiento la espera.
Pero de tenerlo junto a mí,
aunque sea separado por el espino del aire,
pido fuerzas a las bestias más repugnantes del océano.
Que la sangre se desplome sobre quien la vierte.

ANTHROPOS, SEÑOR DE BELLVER: ¿Quién dijo que el poder regala?
Sólo una sensación innoble.
Soledad.
Rodeado de fieles, súbditos todos. Sombras.
Y en el centro yo.
Tan vacío como una caracola.
Oyendo sirenas que adulan. Acostándome con la traición cada noche.
¡Tan solo! A los ojos de todos, vacíos, pupilas sin tacto,
Señor y dueño. De la nada.
Si yo pudiera librarme de este castigo que me ensalza.
Con el tributo de la paz me consolaría.
Entre fieras y hombres, obediencia.
Sin orgullo ni fiereza que les distinga.
¿Es que nadie va a agasajarme con un reproche?
¿Es que no hay palabras para la crítica?
O la adulación o el odio. Esta tierra no tiene templanza.
A los que me odian, los que me adulan preparan patíbulos.
Con la conciencia limpia de un buen servicio.
Sin contratiempos.
Ya nada será perpetuo.
Salvo la hora del abismo.
Cubriré las mejillas de mis hijos -bastardos- con el sonrojo de la muerte.
La paz -ninguna-,

por el sabor de la conquista.

Por el bien de la multitud que me aclama.

Por la existencia de unas ideas, simientes de mi patria.

He cumplido mi promesa.

Contra el aire y contra el viento,

con mis columnas enfervorecidas;

y ahora me queda el vacío.

(Maldición en el silencio).

Hijos de la Isla del Sueño. Súbditos y amigos fieles.

"Que mis ejércitos sean las olas y los vientos, los pájaros y árboles de mi amada isla". No voy a recordaros nuestro himno. Pero sabed que en noches terribles, estas palabras han resonado con fuerza dentro de mí.

Ningún guerrero hubiera podido soñar con un ejército como el que me ha brindado esta tierra.

Sin temor al horror ni a lo más terrible- no quiero que mis palabras sirvan para confundir y dispersar el

temor, por lo que os oculto los detalles más escabrosos- se lanzaron contra el enemigo.

Y sin embargo, súbditos comprensivos, la Fortuna

no nos fue fiel. En noches de tempestad singular hubiera querido contar con el océano como aliado, cuando fue mi mayor adversario.

Él me ha arrebatado mis mejores hombres, muchos más que el enclenque tropel de damiselas al que en la Isla del Aire llaman ejército.

Sabréis, pues, que marché en busca de una paz segura -la de la conquista- y no puedo ofrecérosela.

Marché en busca de tierras y la Isla del Aire se rebeló con el empuje de sus vientos.

Marché en busca de un camino de gloria y de bienestar para todos vosotros y os he traído una hilera de cadáveres sin nombre.

Nuestras morgues han perdido sus límites. Lo sé.

De la misma forma que nuestros asilos y orfanatos. Lo sé también.

Esta isla está poblada por mujeres de luto y por niños descalzos y hambrientos.
Pero os pido fe y confianza.

Abandonar la lucha ahora sería como tirar por la borda la memoria de nuestros seres queridos.

¿Queréis que su muerte haya sido en vano?

¿Queréis que sus hijos no tengan motivo para ser huérfanos?

Yo una cosa os pido. Dadles una oportunidad a vuestros hijos y nietos, para apreciar en el futuro el valor de sus actos.

Que no queden para la historia pequeña como alocados e ilusos, sino como héroes y guerreros sin igual posible.

Yo os pido un minuto de reflexión y calma, aunque las lágrimas cubran sus mortajas.

Por el bien de su memoria y de sus hijos, seguidme en el combate.

Os habla-pensadlo también-, quien regresa de la muerte y ansía la tranquilidad de su hogar, quien podría ahora regodearse ante el calor del fuego.

Mas no podría permanecer ni un instante amparado en la comodidad de Palacio, cuando mi pueblo sufre penurias.

Permitidles un reposo debido y justo, aun cuando sus cuerpos ya no estén con nosotros, sino en el océano.

NODRIZA (con un cuchillo ensangrentado en la mano): ¡Guerra decíais!

No os puedo oír bien.

Os hablo a Vos, Señor y dueño de esta Isla que habría de llamarse Maldita.

Vos habéis privado a mi hijo de la paz perpetua.

Es justo entonces que vuestra paz quede alterada de igual modo para siempre.

Caballos desbocados corren por mi frente y sus galopes resuenan en mis sienes.

¡Hijo! Lo intenté.

Quise reparar el mal.

Pero no pude.

Esos miserables no merecían tus manos.

Estos mal nacidos no merecían tenerte entre ellos.

Sangre pulcra entre ponzoña y estiércol.
Pero ya está hijo. No te preocupes.
Te alcanzaré muy pronto. Te buscaré entre las corrientes.
Te alcanzaré para que no sientas frío.
Y cada noche,
entre corales y escarcha,
entonaré una nana que te adormezca.

En escena, Arrojo y Cautela.

ARROJO: El dolor de esa mujer abrasaría la Tierra.

CAUTELA: No puedes consolarla; ya ha emprendido el camino del agua.

ARROJO: El Señor de Anthropos ha muerto y el trono está vacío y maldito. No hay brújulas para la Isla del Sueño. ¿Y ahora?

CAUTELA: ¿Qué ocurrió entonces? ¿Qué ocurrirá? ¿Qué ocurre? El tiempo es una madeja que se enreda y desliza por capricho. En la Isla del Sueño el tiempo se detuvo. La voz de la Harapienta llamó al pueblo de Bellver.

ARROJO: ¿Y lo llamará?

CAUTELA: Y lo llama. Hay preguntas que se arrastran por la Eternidad para ser contestadas. Dejémosles solos.

ARROJO: ¿A quiénes?

CAUTELA: La Harapienta envía su voz entre las sombras. Puede que esta noche alguien la escuche.

Vamos.

Cautela y Arrojo salen de escena.

HARAPIENTA: Por qué.

Si las injurias superan a los halagos.

Si las palabras amargas crecen frente a las felices.

¿No son bastantes ya?

¿No bastan ya los llantos desconsolados de nuestras madres y las vuestras, que unidas, podrían salar con sus lágrimas los ríos de la Tierra entera?

¿No han gemido suficiente, ante los despojos carcomidos que la guerra les ha devuelto, cuando a ella entregaron sus hijos más fieros y robustos?

¿No han tejido suficientes mortajas, para cubrir los mares con la vergüenza de esta barbarie?

¿No os aplacan los rituales mortuorios que han teñido de oscuro la luz de nuestra isla?

Enemigos son-decís vosotros-.

Palabra cruel que habéis inculcado a vuestros sucesores, antes de que pudieran aferrar una espada.

Enemigos que como nosotros ansían el final y no saben pedirlo.

¿Haremos de vender nuestro futuro a la peste?

¿A la miseria y al cólera, gran legado para nuestros hijos?

Los enemigos -por si no lo sabéis-,
creen en Dios.

No es el nuestro. Lo sé. Lo sabéis. Pero es un Dios.

Los enemigos beben agua y comen pan,
cuando nuestros ataques y los suyos se lo permiten.

Los enemigos tienen hijos como los nuestros,
y sus madres también les amamantan.

Los enemigos tienen Sol y Luna

-la misma que nosotros, aunque no os guste escucharlo-.

Los enemigos usan palabras -no las nuestras-

Y con ellas nombran a la alegría y al odio, al hambre y a la tristeza.

¿Tenéis frío? Ellos también. ¿Tenéis hijos? Ellos también.

Y ellos también temen la muerte.

No. No me digáis que son cobardes y miserables. Porque nosotros también.

Solo aquel que sepa colocar en la más alta torre de Bellver un estandarte blanco, no merecerá ese sobrenombre.

La Isla del Aire tiene noche y día.

Tiene -tenía- reposo y vida.

Ahora la cubren los cánticos de los muertos.

Que la ira de sus Dioses y los nuestros,
de las tempestades de nuestro único mar,
castiguen y golpeen hasta el agotamiento a quienes consienten esta masacre sin
causa.

Armas queréis y no palabras. Palabras que os estremecen, aunque queráis
ocultarlo.

Os halagan y agigantan -algunas- pero pueden convertirlos en la carne de un
mosquito.

Acusáis, injuriáis, blasfemáis, como si en ello os fuera la última gota de vuestra
sangre.

Disemináis el escarnio y la mentira, la soberbia y la altanería. ¿Para qué?

Vuestras mujeres ya no tienen palabras para expresar el dolor.

Sólo silencio y gemidos.

¿A cuántos habéis matado ya?

¿A cuánto asciende tu botín de carne y ojos, huesos y heridas?

¿No te basta todavía esa hilera de espectros que camina por la nada con tu
nombre en los labios?

¿Cuántos hijos suplicantes deberás ver para que la clemencia manche tus manos
bañadas en sangre?

¿Cuántas esposadas, viudas y madres en la soledad, deberán gemir desde la
noche?

Miráis el poder como los perros a la Luna.

Ansiándola, la llamáis cada noche y aferráis su imagen en las aguas, pero como
la Luna, se os escapa.

¿Quién os dio poder para quemar los campos?

¿Quién os otorgó el derecho a romper los vínculos más sagrados?

¡Qué estirpe degenerada es ésta,
que sus vástagos sólo saben despojar y apuñalar,
destruir y herir, aplastar y matar!

Miradlos bien. Que no son bestias, sino hombres.

Que no aúllan; hablan.

Y antes de clavarles la última daga, pensad si están preparados -como vosotros- para morir.

Es más fácil sembrar la envidia que mitigarla.

Es más fácil odiar que perdonar.

Pero miradles bien antes de degollarles.

Que las víctimas también pueden ser hijos de la miseria.

Que la clemencia alimenta clementes.

Y quién sabe si algún día.

Vosotros podríais necesitarla.

T E L O N

Itziar Pascual. Correo electrónico: itziarpascual@latinmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Agosto 2005

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar